

Rodríguez Pérez, Yolanda (ed.), *Literary Hispanophobia and Hispanophilia in Britain and the Low Countries (1550-1850)*, Ámsterdam, Amsterdam University Press, 2020, 348 págs. ISBN: 9789462989375.

Uno de los debates recurrentes en la opinión pública y, en menor medida, entre la historiografía profesional española es el de la Leyenda Negra. Desde la toma de conciencia de la existencia de un discurso hispanófobo plenamente desarrollado en el siglo XIX, el tema se ha revisitado a partir de muchos de los ángulos posibles, pero casi siempre bajo la sombra de un discurso moral que ligaba de forma paralela ese dispositivo argumentativo con la reflexión especulativa y genealógica del ser de España, de su realidad contingente y de su deseable devenir futuro. La preocupación sobre el cómo se vio al Imperio y al mismo pueblo español ha servido de base probatoria para ilustrar su perversidad y secular atraso o para denunciar los pliegues de una denigración nacida de la envidia y la emulación, que buscaría negar las grandes intrínsecas a una aventura histórica que habiendo iluminado los siglos conservaría hoy día todo su potencial creador. Desde estas perspectivas, el pasado y el presente se fundirían en una reflexión que, a nadie debería escapar, responde más bien a cuestiones decimonónicas o de interés político que a una investigación de base que permita comprender quién, cómo, desde qué zócalos culturales, en qué contextos políticos, por qué y cuándo generó tales interpretaciones. Con el tiempo esta reflexión se ha convertido en un producto de consumo muy español, bien que los autores que lo visitan y lo alimentan sean de nacionalidades plurales; pero en su floración de más de un siglo se ha generado una especificidad muy querida de un público ilustrado que gusta cada cierto tiempo de confirmarse en la necesidad de alimentar su visión negativa del pasado y legitimarse en la urgencia de reformarlo o, por el contrario, de indignarse ante las tropelías que se hacen con su historia patria y no dejar de reivindicarla; tema de éxito y de retornos, pues este es un objeto recurrente como el movimiento de las aspas de un molino.

Por si fuera poco, y por doquier, las últimas décadas han visto el retorno a múltiples problemáticas históricas desde una nueva moralización del pasado, quizá como una consecuencia indeseable de la muy sana puesta en cuestión del discurso mecánicamente cientificante y falto de imaginación que trajo la vulgarización del magnífico estructuralismo histórico de la centuria pasada. Gobiernos y movimientos políticos o sociales a lo largo de todo el mundo buscan reemplazar la histórica crítica por afirmaciones dogmáticas que identifican en tiempos pretéritos las raíces genealógicas sobre las que se apoyan sus propuestas y para hacerlo no dudan en convertir la lectura de la historia en norma jurídica. Colonizado así desde el presente, el pasado no es sino un espejo deformado, un presente imperfecto, que en nombre de tal o cual hegemonía, de tal o cual verdad, hay que conquistar y definir desde la evidente verdad presente. Es este contexto que, de nuevo, la historia de España y los juicios que tiene aparejados ha vuelto con fuerza y más allá de la brillantez e inteligencia que

alimenta los argumentos enfrentados en estas querellas de pensadores que han recorrido sus mares, hay una historia erudita que se abre camino.

Una queja reiterada por no pocos historiadores es el poco impacto que los discursos críticos y analíticos, los que nacen de la duda y repudian dogma, genealogía o moralización, han perdido hoy día gran parte de su autoridad social y pasan desapercibidos en un mar de lugares comunes y afirmaciones recias. Nadie dijo que la ciencia fuera fácil, pero cuanto más difícil resulta, es obvio que más urgente es hacerla.

La comprensión de los discursos que construyeron la visión positiva y negativa del devenir del poder español a nadie escapa que es en parte prisionera del éxito de ese debate recurrente sobre la Leyenda Negra con sus iconos, textos de autoridad y posición definidas. Para poder superar este bloqueo intelectual ya añejo, y que tanto pesa sobre la reflexión del pasado hispánico, es preciso transitar dos caminos que nos alejan del juicio moral fácil, de las fuentes trilladas y del presentismo. El primero es analizar los textos que lo alimentaron dentro de los marcos intelectuales donde se generaron, identificando sus fuentes y sus intencionalidades; para ello se impone reforzar los lazos con las historiografías que han estudiado sus momentos fundadores y sus evoluciones, rompiendo de una vez la perspectiva de singularidad ibérica y entendiendo que quien se posicionó respecto a la Monarquía, su historia y sus gentes lo hizo desde posiciones propias en las que aquellas servían como reflejo e ilustración con argumentos de origen y sentido autóctono. El segundo es comprender que tales afirmaciones correspondían a situaciones concretas y que su concreción era el medio de expresión, la materialización, si se quiere, de unos proyectos muy ligados a tácticas políticas locales. Hay que deshispanizar la reflexión sobre la Leyenda Negra y sus anexos para comprender que el proceso de la construcción de estereotipos fue común a todos los territorios occidentales y, desde luego, mucho más allá. Es cierto que por las peculiaridades autorreferenciales del pensamiento español al final este, el debate negrolegendario, se ha convertido en una realidad argumentaria en sí misma, pero comprender ese fenómeno tan castizo nos ayuda más a entender la construcción de las jerarquías analíticas ibéricas de los siglos XIX y XX con sus fantasmas e inseguridades, que los procesos de los que en teoría parte. Para entender los siglos XVI al XVIII mejor que reiterar una vez más los argumentos ya gastados, es volver a las fuentes que generaron tal visión anti y filoespañola, acercarse a sus contextos e identificar las razones de las que partieron.

Volver a las fuentes no significa seguir citando a los mismos autores, sino comprender que los textos que se han considerado como canónicos no lo eran más que otros entre muchos y que su notoriedad actual puede nacer, en muchos casos, no tanto de su impacto contemporáneo, sino del propio devenir de los debates intelectuales del último siglo. Así pues, se impone volver a una visión global, desempolvar fuentes nuevas y hacer una reflexión posnacional. Todo ello está siendo realizado por investigadores de gran calidad a partir de los trabajos fundadores de Benjamin Schmidt o Jocelyn Hillgarth. Es en ese sentido que hay que considerar el tan excelente como oportuno libro editado por Yolanda Rodríguez Pérez, quien lidera una línea de trabajo que ya había justamente reclamado la atención científica con la edición, junto a Antonio Sánchez Jiménez y Harm der Boer, del volumen *España ante sus críticos. Las claves de la Leyenda Negra* (2015).

El presente libro va más allá de la simple constatación de los discursos hispanófobos. Hispanofilia e hispanofobia formaban parte de la misma esfera política y cultural, constituyendo opciones en las que el mundo ibérico podía tener un sentido

alegórico, analógico, preventivo o modélico de la propia realidad. El libro adopta una perspectiva en tiempo amplio (desde mediados del XVI a mediados del XIX). Como indica la propia editora en su Introducción, esta perspectiva global supera la visión binaria y simplificadora que reduce la apropiación de lo ibérico a la sucesión entre una percepción recurrente negativa basada en la oposición a su tiranía en los siglos XVI y XVII, y la consolidación de una afinidad romántica y paternalista, no exenta de un cierto racismo cultural, propia del siglo XIX. La realidad era, por supuesto, más compleja y para confrontarla en el volumen se apuesta por comprobar cómo evolucionó la visión literaria de lo español en el espacio angloholandés, una elección territorial legítima, por las similitudes entre ambos territorios, por el rol jugado por lo español en su definición nacional y por su fuerte interconexión, que podrá servir de base a un análisis global posterior. En el libro se opta por contraponer dos momentos históricos, lo que refuerza la imagen de contraste y relega a un segundo plano el siglo XVIII como tiempo de transición, algo que no significa que la centuria del Iluminismo sea ignorada tal y como se indica en la Introducción. La reflexión que se propone es triangular (anglo-hispano-holandesa) y conectada, permitiendo ver la formación y evolución de los tópicos desarrollados por la literatura en un ejercicio muy interesante que se centrará en los textos. Los trabajos que constituyen este volumen son de un notable interés para la historia cultural y la historia política ayudando a concebir cómo el recurso a la definición del otro, en este caso del otro español, es una vía de conciencia y de identidad. Es de destacar que en su mayor parte los trabajos se alejan de los lugares comunes a los que está acostumbrado el lector hispánico, lo que abre otras nuevas perspectivas muy estimulantes.

El volumen se organiza en dos partes. La primera trataría sobre el momento de reacción a la hegemonía y de formación del estereotipo hispánico, a medio camino entre el reinado de Felipe II como consorte en Inglaterra, la rebelión de los Países Bajos, los procesos de afirmación política del protestantismo a lo largo del siglo XVII como religión oficial y la desconfianza hacia las propias y perseguidas minorías católicas. Este contexto es enfrentado desde varios ángulos. Alexander Samson se interroga sobre el sentido de ser español en los tiempos modernos, en una línea de argumentación que ha atraído la atención de historiadores como Herzog, Schaub, Zúñiga o Feros y que muestra las ambigüedades y las fortalezas de un término corporativo e identitario en el que la obsesión por la sangre ocupaba para los europeos una posición clave, lo que habría de tener una posición referencial en los discursos posteriores. La influencia cultural de un modelo español, que se piensa y se construye desde fuera, puede ser seguida en el texto de Sabine Waasdorp sobre las traducciones del *Relox de Príncipes* de Antonio de Guevara al inglés y al holandés, y del significado de su contexto que podía ir desde suministrar un referente a los miembros del consejo privado de la reina María Tudor y desde, exaltar la posición de la soberana, a justificar el liderazgo de Guillermo de Orange en su lucha contra la tiranía de los ministros del rey católico. Si la cultura española era flexible en su interpretación también era atractiva incluso para quienes se oponían radicalmente al poder hispánico, como es el caso de Thomas Scott, estudiado convincentemente por Ernesto Oyarbide Magaña, para quien este autor puritano abiertamente contrario a la influencia del embajador Gondomar y al proyecto de matrimonio español, no por ello dejaba de sentirse fascinado por la eficacia del diplomático y por la cultura de la que procedía.

Efectivamente, por mucho que se detestara la política hispana, resultaba muy difícil ignorar la influencia de su literatura, incluso cuando el combate contra el poder Habs-

burgo había sido medular en la formación de las Provincias Unidas, así que no es paradójico que mientras esta lograba terminar de imponer sus condiciones a la Monarquía en 1648, el teatro en Ámsterdam daba sus preferencias a la representación de la dramaturgia del Siglo de Oro –de Lope a Calderón– gracias, en parte, a la función mediadora de la comunidad sefardita de la ciudad, apropiándose así de un gusto que ya estaba muy presente en los Países Bajos católicos, como muestra en su trabajo Frans Blom. Por su parte Rena Bood insiste en que los valores transmitidos en esas obras, que tanto gustaban al público septentrional, no solo habrían de ser vistos ya como una tara o una muestra de la maldad ibérica sino que, encarnados en figuras como el Cid, podían tener una recepción muy positiva entre un público ávido de definir sus propias referencias morales. La disociación entre una España real y una España ideal se percibe claramente en los panfletos del nebuloso James Salgado quien, convertido al protestantismo, dedicó su pluma a proclamar las maldades de su vieja patria y religión y a denunciar las conspiraciones, reales o ficticias, de los seguidores de la Vieja fe contra el buen pueblo inglés protestante, para justificar la represión y la persecución de los católicos, sin por ello dejar, como recuerda en su texto Antonio Cortijo, de adaptarse a la situación política o de sentir un cierto orgullo patrio.

La segunda parte del libro muestra los cambios profundos producidos entre los dos siglos. La Monarquía había tiempo que había dejado de ser una amenaza, pero lo hispánico conservaba los significados de alteridad que se depositaron tiempo hacia en el ya periclitado poder Habsburgo. Así, de entre la sombra del estereotipo, alimentado ahora por el eclipse social y económico de la península, podía emerger una visión positiva de aquellos elementos que se juzgaban dignos de atención, entre los que destacaría la reapropiación hispanófila del Quijote tras su previa denostación en el siglo XVII, tal y como la estudia Pedro Javier Pardo en un texto fascinante. No solo la literatura cambiaba de sentido, sino que la propia situación de España, un aliado menor pero fundamental durante el conflicto de 1808-1814, forzaba a considerar la posición del reino dentro de la naciente política imperial de una Inglaterra que gobernaba los mares; la solidaridad antibopanartista y los viejos prejuicios estarían muy presentes en la prensa británica a la hora de ubicar al reino meridional en el nuevo cosmos político tal como lo muestra Susan Valladares. El texto de Fernando Durán López confirma este punto de vista: el rechazo hacia lo español como referente cultural y confesional incorporaba ya claramente todos los lugares comunes caricaturescos que iban a presidir la Leyenda Negra, con la Inquisición por estandarte, pero no era óbice para consolidar un discurso de simpatía hacia una sociedad que se veía como primitiva, pintoresca y exótica y que debía ser modernizada al haberse detenido en ella el tiempo.

Esta forma de pensar España, en los políticos y los espectadores de teatro, desde la dicotomía y la superioridad moral y religiosa, iba a sustentar las visiones románticas que sobre ella se desarrollaron a lo largo del siglo XIX con especial atención a la invasión francesa de 1823 y a una emancipación de las colonias americanas que fue sostenida con energía por un Reino Unido deseoso de ampliar sus mercados, lo que se presenta en una visión a la vez política y cultural en el capítulo de Diego Saglia. En los Países Bajos se encuentran evoluciones similares que son desarrolladas en el estudio de Lote Jensen: si los estereotipos creados durante la revuelta y la consolidación de las Provincias Unidas no solo habían cristalizado sino que ya formaban parte medular de la mística patriótica, la resistencia española a Napoleón alimentó una visión solidaria entre los grupos opositores al Imperio francés, una perspectiva que

iba a evolucionar y ampliarse cuando la minoría mayoritaria, los católicos, construyeron un discurso de identidad y reclamaron su emancipación en un estado en el que, con suerte, se podían considerar como ciudadanos de segunda, y para ello era preciso reevaluar la historia de la vieja rebelión.

La complementariedad de ambos espacios de reflexión queda clara cuando en su texto Raphaël Ingelbien muestra la existencia de tendencias similares en la literatura romántica inglesa y neerlandesa respecto a la recuperación de una visión matizada de España en la que desencializando la maldad intrínseca de su tiranía se podía denunciar la consecuente opresión que había sufrido el país, pero poner en valor su sociedad construyendo así una visión liberal de la historia de España que no disgustaría a los propios liberales peninsulares. El volumen se cierra con un texto de la editora sobre la influencia de la literatura del Siglo de Oro en la formación del teatro nacional en Inglaterra y Holanda; Yolanda Rodríguez Pérez muestra que, pese a sus diferentes tradiciones, la reflexión en ambos espacios pasó necesariamente por la reevaluación y el contraste con lo que se definía que había sido el teatro clásico español para mostrar, en el fondo y por contraste, cuál era la esencia nacional.

Un libro tan rico como este confirma muchas de las intuiciones que la historiografía reciente ha venido desarrollando sobre el estudio de los elementos de definición de los mundos ibéricos que suministrarían el carbón necesario para la caldera que mueve esa gran máquina que es el discurso sobre –por y contra– la Leyenda Negra. Queda claro en la lectura de sus páginas, por el contrario, que la negociación sobre la construcción de la imagen de España es, ante todo, una proyección de los intereses y representaciones de quien la realiza. Posicionar lo español y a España en un cosmos ideal es ubicar igualmente a quien protagoniza esta operación y a sus rivales. Del temor a la condescendencia, de la emulación al desprecio, las diversas figuras que se desarrollaron en un periodo u otro tuvieron una intencionalidad de consumo interno y sirvieron para sostener unos discursos que iban mucho más allá del efecto, innegable por lo demás, que pudieran tener sobre las relaciones con España y los españoles y sobre la autoconciencia de estos. La historia de las múltiples declinaciones de la hispanofilia y la hispanofobia como fenómenos históricos y no como evidencias morales invita a pensar una reflexión global del pasado y hacerlo desde la aportación de nuevos objetos y nuevas reflexiones, sin menoscabar todo lo ya aprendido. Un libro como el de Yolanda Rodríguez Pérez es un avance significativo en dicha línea, un excelente volumen que junto a la información que suministra nos invita a pensar una historia más global, a abrir las ventanas de nuestras reflexiones y nuestras historiografías.

José Javier Ruiz Ibáñez  
Universidad de Murcia  
jjruiz@um.es